

Los “destinos” del carisma: las lecturas de Horacio González y Damián Selci sobre el problema de la perdurabilidad en el populismo argentino

The “Destinies” of Charisma: Horacio González and Damián Selci's analyses of the problem of durability in Argentine populism

Os “destinos” do carisma: as leituras de Horacio González e Damián Selci sobre o problema da durabilidade no populismo argentino

HAIDAR, Victoria¹

RESUMEN

El artículo analiza los modos en que Horacio González (1944-2021) y Damián Selci (1983-) pensaron la cuestión de la “perdurabilidad” del populismo, en un conjunto de textos que tienen una estrecha relación con la *praxis* política de sus autores y, al mismo tiempo, una indubitable vocación teórica. Sensibles a las encrucijadas que amenazaron, en el pasado, la subsistencia del peronismo y que, más recientemente, pusieron en crisis al kirchnerismo, los mismos revisan algunas de las respuestas disponibles frente a lo que aparece como el “talón de Aquiles” de los gobiernos populistas: la imposibilidad de institucionalizar la transmisión del carisma para el sucesor del líder original. En ese mismo movimiento, sus escritos contribuyen al desarrollo de la tópica weberiana de la “rutinización del carisma”. Así, mientras González se interesó por la “prolongación subjetiva” del populismo, en los planteos de Selci la respuesta al desafío de “durar” aparece asociada a la objetivación de ciertas cualidades extraordinarias, condensadas en la figura del “militante” de una “organización”.

Palabras clave: liderazgo, peronismo, populismo, cotidianización del carisma.

ABSTRACT

The article analyzes the ways in which Horacio González (1944-2021) and Damián Selci (1983-) thought about the question of the “durability” of populism in a set of texts that have a close relationship with the political *praxis* of their authors and, at the same time, an undoubted theoretical

¹Universidad Nacional del Litoral . <https://orcid.org/0000-0002-5569-4308>. Investigadora Independiente del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas con sede en el CITRA-CONICET-UMET. Docente de la carrera de Ciencia Política de la Universidad Nacional del Litoral. vhaidar@fcjs.unl.edu.ar



vocation. Sensitive to the crossroads that threatened, in the past, the survival of Peronism, and that, more recently, put Kirchnerism in crisis, they review some of the available responses to what appears as the “Achilles heel” of the populist governments: the impossibility of institutionalizing the transmission of charisma for the successor of the original leader. In that same movement, their writings contribute to the development of the Weberian topic of the “routinization of charisma”. Thus, while González was interested in the “subjective extension” of populism, in Selci's proposals the response to the challenge of “lasting” appears associated with the objectification of certain extraordinary qualities, condensed in the figure of the “militant” of an “organization”.

Keywords: leadership, peronism, populism, routinization of charisma.

RESUMO

O artigo analisa as formas pelas quais Horacio González (1944-2021) e Damián Selci (1983-) refletiram sobre a questão da “durabilidade” do populismo em um conjunto de textos que possuem uma estreita relação com a práxis política de seus autores e, ao mesmo tempo, uma inegável vocação teórica. Sensíveis às encruzilhadas que ameaçaram, no passado, a sobrevivência do peronismo, e que, mais recentemente, colocaram o kirchnerismo em crise, eles revisitam algumas das respostas disponíveis ao que se apresenta como o “calcanhar de Aquiles” dos governos populistas: a impossibilidade de institucionalizar a transmissão do carisma ao sucessor do líder original. Nesse mesmo movimento, seus escritos contribuem para o desenvolvimento da temática weberiana da “rotinização do carisma”. Assim, enquanto González se interessava pela “extensão subjetiva” do populismo, nas propostas de Selci a resposta ao desafio da “durabilidade” aparece associada à objetivação de certas qualidades extraordinárias, condensadas na figura do “militante” de uma “organização”.

Palavras-chave: liderança, peronismo, populismo, rotinização do carisma.

1. Introducción

Uno de los problemas que históricamente enfrentan los populismos es el de su perdurabilidad. Tratándose de fenómenos que dependen de procesos de identificación centrados en torno de una personalidad “fuerte” y que suelen caracterizarse por un bajo nivel de institucionalización partidista (Colom González, 2016:441; Weyland, 2001:14), la ausencia del líder, sea por su muerte o por la existencia de circunstancias fácticas o jurídicas que le hagan imposible ejercer ese rol, se les presenta como un desafío difícil de sortear.

A esa situación se vieron expuestos tanto los populismos “clásicos” latinoamericanos, emergentes durante la segunda postguerra, como los más recientes, de “izquierdas” o “progresistas”, que ascendieron al poder entre fines del siglo XX y los primeros años del siglo XXI.

Como señala M. Esperanza Casullo (2019), el “talón de Aquiles” de los gobiernos populistas es la imposibilidad de institucionalizar la transmisión del carisma para el sucesor del

líder original. El escenario político regional ha resultado pródigo, en los últimos años, en ejemplos que dan cuenta de tal debilidad: basta recordar el caso de Daniel Scioli, elegido, supuestamente, para continuar con el proyecto kirchnerista, quien en 2015 perdió las elecciones frente al candidato de la derecha neoliberal, Mauricio Macri; del modo en que el ex presidente ecuatoriano Lenín Moreno traicionara la orientación que había dado Rafael Correa a su gobierno, o del dilema que plantea al espacio kirchnerista el hecho de que hasta hoy no haya aparecido un sucesor “viable” para Cristina Fernández.

Considerando aquello que lo hace imprevisible, o no del todo pronosticable, Torcuato di Tella (1973:39) supo decir que el populismo “tiene un dejo de improvisación e irresponsabilidad, y por su naturaleza se supone que no ha de perdurar mucho”.

Del problema de la “perdurabilidad” del populismo se ocuparon dos intelectuales que, desde el campo del ensayo, han contribuido al desarrollo del pensamiento político argentino: Horacio González (1944-2021) y Damián Selci (1983). Si bien con modalidades diversas, ambos se interesaron por la producción de diagnósticos y lecturas sociológicas y politológicas de la realidad nacional, desplegando trayectorias que atraviesan, con dispar intensidad, el mundo de la cultura, la política y la vida universitaria.

González, especie argentino del “intelectual público”, reconocido socialmente por la posibilidad de hablar más allá de los límites de su competencia técnica (Bourdieu, 2013) y, al mismo tiempo, claramente identificado con una forma de habitar el peronismo,² cuenta con una obra vasta y dispersa. Desde su fallecimiento en 2021 (a causa del COVID), sus trabajos son objeto de varios esfuerzos de recopilación, reedición y estudio.

De su obra, a horcajadas de las ciencias sociales, la filosofía y el pensamiento nacional, aquí revisitamos los siguientes trabajos: “La revolución en tinta limón. Recordando a Cooke” (1986), “Fotocopias anilladas” (2021) [1997] y *Perón. Reflejos de una vida* (2008). Publicados en distintas coyunturas, en todos ellos el ex director de la Biblioteca Nacional revisita la correspondencia que Juan D. Perón, el histórico líder del movimiento nacional-popular que lleva su nombre, mantuvo, durante su exilio en Caracas, con John William Cooke, figura intelectual y política emblemática del “peronismo revolucionario”.

² En algunos de los textos de los que aquí nos ocupamos, su posición de enunciación es, claramente, la del “intelectual peronista”. No obstante, es menester aclarar que González, que perteneció a diferentes agrupaciones de la “izquierda peronista”, siempre defendió la “autonomía” del intelectual, y que sus posicionamientos -más o menos comprometidos o distantes respecto del campo político- no han sido idénticos a lo largo de su extensa trayectoria.

De la obra del joven Selci, dirigente identificado con la organización kirchnerista “La Cámpora”³ e “intelectual-militante”⁴, aquí nos referiremos a sus libros *Teoría de la militancia* (2018) y *La organización permanente* (2020).

Así, los textos sobre los que se asienta este artículo reúnen dos rasgos singulares: tienen una estrecha relación con la *praxis* y se caracterizan (si bien de distinto modo) por su productividad teórica. Estas características, combinadas, explican que los mismos circulen en espacios diversos: revistas culturales, círculos de formación política de cuadros y grupos universitarios dedicados a la investigación en teoría sociológica y política.

Tanto González como Selci supieron recoger, en diferentes coyunturas, el guante que lanzó di Tella al referirse, a comienzos de la década de 1970, a los populismos como fenómenos condenados, por “su naturaleza” a no perdurar mucho. Más aún, emplearon, como disparador de sus contribuciones a la conversación acerca del peronismo, la inversión exacta del vituperio que el politólogo, partidario de la teoría de la modernización, dirigió, en su momento, contra tales expresiones políticas.

Como veremos, en sus elaboraciones la interrogación por la “prolongación” (que acosó a Perón en el exilio y no deja de aguijonear, hoy, a Cristina F. de Kirchner) resulta inseparable de la cuestión de la responsabilidad: de “uno”, Juan D. Perón, fundador y custodio de la herencia de un movimiento multitudinario, o de “algunos” (potencialmente “muchos”), los militantes que, a través de su participación en una organización, hacen posible la transmisión (de un axioma o consigna política).

En el esfuerzo por comprender el peronismo (y por alimentar, en el caso particular de Selci, con “teorías” y “conceptos”, su afamada competencia para la iniciativa política), los autores priorizan, según explicaremos, alguno de los dos ángulos desde los que resulta posible analizar las complejidades que la imposibilidad de institucionalizar la transmisión del carisma, como dice Casullo (2019), impone a los populismos.

Así, González aborda la cuestión de la duración desde la perspectiva del líder. Se interesa por el tratamiento que Perón otorga a un problema, el de la herencia, que si bien es político, no deja

³ La Cámpora se autodefine como una agrupación “juvenil” y, asimismo, como la organización oficial del kirchnerismo. Conformada en el 2006, ganó mayor predicamento durante los gobiernos de Cristina Fernández, período en el que varios de sus dirigentes ocuparon cargos en los poderes ejecutivo y legislativo a nivel nacional, provincial o municipal y en empresas estatales. El nombre de la organización hace alusión a la figura de Héctor Cámpora, dirigente que se identifica con la izquierda peronista y que sintetiza -desde el punto de vista de los militantes- la lealtad a Perón bajo cualquier circunstancia (cf. Vázquez y Vommaro, 2012; Flax, 2017).

⁴ De Selci se ha dicho que, en su pluma, es la propia militancia quien lee, (se) piensa y habla (Amarilla y Santaya, 2024).

de involucrar a la institución familiar.⁵ Siempre cuidadoso de no aplacar la tensión entre la acción de las multitudes y la parte que le cabe al “genio” en la hechura de la historia, el autor se focaliza en el “drama del conductor”, que sabe que su autoridad no es fácilmente transferible, pero que, forzado por las circunstancias del exilio, se ve en la necesidad de delegarla y de tomar las medidas necesarias para que otro -John W. Cooke- lo sustituya en la dirección del movimiento, en caso de su muerte.

Los libros de Selci, en cambio, no se ocupan en forma directa del problema de la sucesión. Pero basta considerar lo que el mismo señalara en una entrevista -“la teoría política estaba no dando respuestas a la situación abierta en Latinoamérica luego de la muerte de Chávez”- (Dorr, 2018), para confirmar que, en su teoría, estructurada en torno de la figura conceptual del militante, late la preocupación por la continuidad de los proyectos populistas de izquierdas.

Como los desarrollos anteriores dejan entrever, las elaboraciones de González y Selci, si bien instigadas por los avatares del populismo argentino, participan de la conversación en torno a la “cotidianización” o “rutinización” del carisma que dejó planteada Max Weber en las primeras décadas del siglo XX.

En efecto, uno de los rasgos que caracterizan a la dominación carismática (no solo en su forma “pura”, sino cuando la entrega emocional y la fe en un hombre aparecen mezcladas con la creencia en la “validez de las normas” y en la “voluntad popular”), es la inestabilidad. Así, como apunta Balibar (2004), la cuestión de saber si le es posible organizarse y perdurar sin disolverse o negarse como carisma es “el problema” de tal forma de dominación.

Precisamente, la tópica weberiana de la “cotidianización del carisma” funciona, en este artículo, como canevas por cuyas rejillas se irán entrecruzando las reflexiones de los autores argentinos. Esa elección se encuentra justificada por tres razones.

En primer lugar, González supo encontrar paralelismos (temáticos, conceptuales y hasta valorativos) entre el modo en que el autor alemán piensa la política y aquel en que lo hicieron Perón

⁵ En la sección de las “Fotocopias anilladas” que dedica a tratar el epistolario Perón-Cooke, González (2021:196) deja sugerida la intercambiabilidad entre el legado político y biológico: “¿Cómo poner la historia de cierto abolengo político en el hueco que deja el concepto de hijo biológico?”, se pregunta. El interrogante resulta pertinente, considerando que la idea de que existe un “carisma hereditario” -esto es, que el carisma es una cualidad de la sangre, inherente al linaje y, en particular, a los parientes más próximos (Weber, 2016:324)- constituye una de las formas en que históricamente se ha resuelto el problema de la sucesión en las dominaciones carismáticas. Si bien esa posibilidad estaba vedada a Perón, que no tuvo hijos, no lo está, en cambio, para el kirchnerismo. Así, entre los cálculos y las luchas por la sucesión de Cristina Fernández se baraja la posibilidad de que su hijo Máximo Kirchner, actual diputado nacional, líder de la Cámpora y presidente del partido justicialista de la provincia de Buenos Aires, asuma la conducción del espacio.

y Cooke.⁶ Asimismo, interpretó la transmisión de autoridad que el primero dejó expresada en sus cartas, en términos de un “arcano traspaso carismático”, es decir, localizándola, explícitamente, en el campo conceptual demarcado por Weber (González, 2021: 186).

En segundo lugar, tampoco faltan ecos de la problematización del carisma en los libros de Selci. La chance, para los populismos latinoamericanos de izquierdas, de sortear airoosamente las crisis de hegemonía a las que se vieron confrontados en diversos momentos a lo largo de las últimas décadas, está ligada, en la opinión del autor, a la transformación subjetiva de quienes participan de la movilización colectiva en torno del líder. Ese proceso de conversión, central en el análisis del autor, tiene como modelo al “militante”, esto es, a un “virtuoso”, cuya vida, enteramente politizada, se distingue y se opone a la existencia del “cualunque”, término con el que Selci se refiere (peyorativamente) al hombre ordinario o mediocre.

Y, tercero, pero no por ello menos importante, porque la categoría weberiana del carisma ha sido ampliamente utilizada en las interpretaciones del populismo latinoamericano, incluyendo, por supuesto, al movimiento peronista y a los gobiernos de Perón y de Néstor y Cristina Kirchner. En la opinión de los científicos sociales de la región, las experiencias populistas “encajan muy bien” en la visión que Weber tenía acerca del caudillismo plebiscitario (Colom González, 2016:442; de la Torre, 2016:488).

La referencia a los desarrollos weberianos en torno de la “democracia de caudillo” (*Führer-Demokratie*) (Weber, 2016:342) no resulta inocente, porque, si bien el populismo ha dejado, en las últimas décadas, de identificarse con una patología de la política, para entenderse como una “parte constitutiva de la democracia” (de la Torre, 2003: 78), esta asunción suele marchar pareja con la aclaración de que la concepción “populista” de la democracia desconfía de las mediaciones institucionales y exalta la expresión inmediata de la voluntad colectiva (vrg. de la Torre, 2016; Rosanvallon, 2020).

La asociación con la democracia plebiscitaria es sin dudas válida para el peronismo, un movimiento ligado a un liderazgo constituido en la simbiosis extraña entre ciertas condiciones del entorno cultural y ciertas condiciones personales iniciales para lograr apoyos masivos (Sigal y

⁶ Así, de manera significativa, González encuentra en el famoso discurso sobre la nación alemana, de 1895, donde Weber se refiere a la herencia de Bismarck y deja planteada la pregunta por la conducción política de la nación por parte de los proletarios, una analogía con el desafío que suscitaba, en la década de 1960, el peronismo para John W. Cooke. “Es el tema de Cooke: la herencia del César y la incumbencia del proletariado en ese suntuoso espectáculo, visto el fracaso de una espantadiza burguesía” (González, 2021:182).

Verón, 1986)⁷; más teniendo en cuenta que el “carisma de Perón” (Romero, 1973) fue reconocido mediante la elección en las urnas.

No tenemos constancia de que John William Cooke hubiese leído a Weber. No obstante, como intelectual y dirigente político, comprendía a la perfección lo que ese término significaba. Así, en 1957 le escribió a su jefe en el exilio:

El pueblo ha resignado la conducción partidaria en manos de Perón *unipersonalmente*, porque entiende que Perón (...) y no cualquier otro, interpreta la Revolución que el pueblo comprende y puede realizar (...). El peronismo es un conglomerado de extraordinaria amplitud ideológica y humana, cuyo núcleo central está perfectamente caracterizado, pero cuyos márgenes son indistintos y se van desdibujando (...). El ‘núcleo central’, que es inmensamente mayoritario, posee mística combatiente y ha demostrado una adhesión al jefe que no debe tener parangón en ningún movimiento político de ninguna parte del mundo. *Para él la orden de Perón tiene virtud mágica* (Cooke, 2014:263-264).

Entre 1956 y 1966 Perón se carteó profusamente con Cooke. En esa correspondencia se intercambiaron pareceres sobre la estrategia insurreccional a implementar para enfrentar a la llamada “revolución libertadora”. Como veremos en el apartado siguiente, entrelazada al tema que se discute, González encuentra planteada la cuestión de la “herencia”, en su relación con el tiempo, la palabra, el nombre y la verdad política.

3. Horacio González y el “drama” del conductor

“(…) siempre hay un hombre que está en el centro del ovillar y desovillar de los acontecimientos” (González, 2008:206).

González se refirió en varias ocasiones a las cartas de Perón y Cooke. Inicialmente, en un artículo publicado en 1986 en la revista *Unidos*, que recupera la voz del peronista revolucionario (lector de Lenin y Gramsci), como modo de contribuir a los debates, en curso desde 1983,⁸ sobre la renovación del peronismo. En 1997, cuando ya eran por demás palpables los efectos regresivos derivados de las políticas neoliberales implementadas por el gobierno del (también justicialista) Carlos S. Menem, el análisis del epistolario, parcialmente reelaborado, opera como núcleo de un

⁷ Ello sin perjuicio de que, como señala Balbi (2007), la creencia en las cualidades carismáticas dependió, en el caso de Perón, de la movilización de mecanismos propios de lo que Weber llamaba “dominación legal con administración burocrática”. Perón se ganó la confianza de las masas a partir de su accionar desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, y aprovechó estructuras sindicales y partidarias para construir su poder. Algo semejante puede decirse respecto de Néstor y Cristina Kirchner, quienes accedieron a la presidencia tras ocupar varios cargos de gobierno y desarrollar carreras políticas con el sostén del partido justicialista. Ciertamente, si bien los Kirchner promovieron formas más directas y fluidas de movilización de la sociedad civil, y trataron de aglutinar en su espacio a sectores y cuadros pertenecientes a organizaciones políticas externas al partido justicialista con una orientación progresista o nacional-popular (Retamozo y Trujillo, 2019), nunca rompieron con el partido justicialista (Casullo, 2022).

⁸ La revista *Unidos*, dirigida por Carlos “Chacho” Álvarez, salió entre mayo de 1983 y agosto de 1991. Ni enteramente cultural ni enteramente política, se situó en el espacio híbrido de la “intelectualidad peronista” que buscaba “institucionalizar la lucha por la idea”, reponer al peronismo luego de la derrota electoral que el mismo había sufrido en 1983, re-significándolo a partir de los valores de la democracia liberal que encarnaba el alfonsinismo (Gategaray, 2010).

artículo extenso, titulado “Fotocopias anilladas”. Finalmente, en su libro principal sobre el peronismo, *Perón. Reflejos de una vida* (2007), el entonces director de la Biblioteca Nacional vuelve sobre ese intercambio en un capítulo cuyo eje son las “cartas” del peronismo, y en otro en que se ocupa de la significación de las figuras que, como Cooke, desafiaron o plantearon alternativas a la autoridad de Perón.

En el tratamiento de esos papeles (que forman parte del archivo de Cooke) el autor pone el foco sobre una circunstancia concreta de la historia política argentina. Luego del golpe de Estado de 1955 que lo forzó a exiliarse (primero en Venezuela, luego en España), Perón se vio en la necesidad de delegar su autoridad en algunos de sus colaboradores e incluso, de designar a una persona para ocupase el mando del movimiento en caso de su fallecimiento.

En una carta del 2 de noviembre de 1956 autorizó a Cooke a asumir su representación en todo acto o decisión política -“su decisión será mi decisión, su palabra mi palabra” (2014: 647) le escribió-, y lo nombró como su sucesor en el caso de que un atentado pusiera fin a su vida.⁹ En una carta posterior, la función del mandatario adquiriría una titulación precisa, la de “Jefe de la División Operaciones del Comando Superior Peronista”.

No obstante, a pesar de las credenciales que Cooke podía exhibir, y de la circunstancia de que éste haya actuado, efectivamente, como transmisor de la palabra pública de Perón durante algún tiempo,¹⁰ la delegación de autoridad realizada por el jefe, a la distancia, resultó “diluida” por diferentes razones. Fueron las maniobras, los desdoblamientos, las vacilaciones, que rodearon esa transmisión (truncada) de poder, las que más interesaron a González. Sobre ellas se detendría en la medida en que demarcan la cuestión “universal” del “infortunio del estratega”, que se siente obligado a influir sobre hombres y cosas, y a la vez, percibe la necesidad de considerar la prosecución de su legado (González, 1986). Así, al aproximarse al conocimiento de un “caso”, el sociólogo argentino contribuye a la inteligibilidad de una problemática clásica, que ha sido planteada con la ayuda de conceptos sociológicos y metáforas que estrían la historia de la filosofía política, como aquella del “príncipe” a la que González apeló asiduamente en su obra (Rodeiro, 2021).

⁹ Cooke podía exhibir una credencial que no dejaba lugar a dudas: “Por la presente autorizo al compañero Dr. John William Cooke, actualmente preso, por cumplir con su deber de peronista, asuma mi representación en todo acto o acción política. En ese concepto su decisión será mi decisión y su palabra la mía. En él reconozco al único jefe que tiene mi mandato para presidir a la totalidad de las fuerzas peronistas organizadas en el país y en el extranjero, y sus decisiones tienen el mismo valor que las mías. En caso de mi fallecimiento, delego en el Dr. John William Cooke, el mando del Movimiento” (Cooke, 2014:647).

¹⁰ Miguel Mazzeo (2016: 112) sostiene que, en un primer momento, Cooke creyó que podía decir la palabra definitiva en nombre de Perón, pero ya después de 1959 comenzó a perder gravitación política. Dejó de ser el delegado de Perón y fue reemplazado en sus funciones por el Consejo Supervisor y Coordinador del Movimiento.

En efecto, junto al examen detallado de los planes insurreccionales, aparece, en ese epistolario, el problema de la sucesión, con toda la complejidad política que el mismo arrastra para los movimientos nacional-populares. Estamos en la senda de la interrogación abierta por Weber, pero el método con el que González despliega la tópica de la “prolongación” de la dominación carismática es diferente. Mientras el primero se ocupa de sistematizar las posibilidades disponibles para asegurar la continuidad de la dominación en el caso de la muerte del líder, construyendo tipologías y clasificaciones partir de la comparación de múltiples experiencias históricas, el segundo aborda esa misma pregunta desde el punto de vista de la “subjetividad” del actor.

En su pluma la “sucesión” no es solo un asunto político o sociopolítico, sino, asimismo, existencial. Adquiere la espesura y el patetismo de una meditación no exenta de angustia (ya que exige considerar la circunstancia de la propia muerte); el carácter de un “drama”: el drama de un hombre que vacila entre retener el poder y cederlo, aceptar las restricciones que le impone la biología y desear la eternidad, retirarse a la vida privada y mantener el control de la situación política.

Más que interesarse por el desenlace que el mismo finalmente tuvo (Perón, al final de sus días, optó por nombrar al pueblo como su heredero, abstracción que traduce la voluntad de no designar sucesor), González pone el foco sobre algunas de las diversas dimensiones, ligadas a la concepción de la autoridad y a la estrategia, que ese drama anuda.

Entre ellas está la temática relativa a la ocasión que precipita a un jefe a transmitir su poder. Así, si Perón avanzó en la designación de un sucesor no fue solo o principalmente por motivos estratégicos, sino porque consideró que su vida estaba en riesgo¹¹ y que Cooke lo sobreviviría.

Este empalme entre la figura del “sucesor” y la del “sobreviviente” resulta aprovechado por el autor para introducir en el análisis del epistolario la voz de Elías Canetti. Así, la maquinaria interpretativa que ofrece *Masa y Poder* (Canetti, 2013), le permite detectar, en las cartas, la competencia muda que se establece entre el jefe y su presunto sucesor en torno de la sobrevivencia -“uno puede no querer morir nunca y el otro desear la muerte rápida de quien tiene que suceder” (González, 1986)- y advertir, a propósito del comentario de una circunstancia concreta de ese

¹¹ Aun desde afuera del “teatro de operaciones” -metáfora bélica con la que solía designar las luchas políticas-, Perón sostuvo la voluntad de mantener el control del movimiento peronista. Ello lo condujo al establecimiento de un complejo dispositivo de comunicación, que incluía cuerpos directivos localizados en Argentina (sujetos a permanentes reorganizaciones), contactos personales (delegados, secretarios, correos) y una abundante correspondencia (Sigal y Verón, 1986).

intercambio¹², que los jefes consideran todo acto de sobrevivencia de sus subordinados como si les perteneciera.

De manera más general, el autor se interesa por aquellos aspectos que funcionaron como “contrapeso” a la donación de poder.

Ciertamente, en las cartas, Perón aparece como “donador” de poder sobre un movimiento multitudinario¹³ pero, como bien observa González (2021) la autoridad se afirma en el acto de “donar”; la adjudicación del “don” afianza la desigualdad implícita en ese acto. Por más de que Perón se haya desprendido de algo (de la palabra y la decisión “en el terreno”) y que con ello se verifique una pérdida, ese mismo acto lo presenta como usufructuario de un poder superior intransferible:

El poder de quien puede ejercer la ofrenda y comprende que el aura de su potencial sacrificio es, en verdad, la clave de un don culminante, el poder desencarnado de poder, el poder como osamenta muda e inmóvil del que ya ha entregado todo menos el acto de entregar (González, 2021: 206).

Más afin a las reflexiones que emprendieron entre 1937 y 1939 George Bataille, Roger Callois y otros autores -nucleados en el laboratorio de experimentación que fue el “Colegio de Sociología” (Hollis, 1982)-, que a la sociología histórico-comparativa weberiana, el comentario anterior permite inscribir los avatares del ritual de la transmisión de poder que Perón y Cooke aparecen celebrando en la historia trans-epocal de “lo sagrado”.

Hay otros motivos, no obstante, desgajados de la situación histórica y asociados al estilo de conducción de Perón, que juegan eclipsando la delegación –rubricada- de autoridad.

Por un lado, la forma de comunicación utilizada (cartas, mensajes) permitía la falsificación, y esa circunstancia era aprovechada por el propio jefe para sembrar la duda respecto de la concesión de tal o cual poder, al tiempo que se reservaba para sí el derecho de distinguir lo verdadero de lo falso. Así, la proliferación, durante el exilio, de mensajes adulterados, le franqueó la posibilidad de tener un heredero y, al mismo tiempo, de “hacer saber que al César era imposible heredarlo” (González, 2021: 208-209). Los equívocos y conflictos planteados por los textos apócrifos, que el propio Perón promovía, no resultan escindibles, en la interpretación del intelectual argentino, de la autoconciencia del jefe sobre su condición de portador de algo –“el nombre”- que no podía delegar.

¹² En una carta del 21 de marzo de 1957 Perón le comunica a Cooke la doble alegría que le causó haberse enterado de su fuga del penal de Río Gallegos donde estaba preso, por la “píandada espectacular” que había protagonizado, y porque, según dice, el “trabajo estaba poniéndose pesado” para él solo (Cooke, 2014:56).

¹³ “Movimiento” es una categoría nativa del discurso político argentino. De hecho, Perón se pensaba a sí mismo como conductor de un movimiento. Al mismo tiempo, como señala A. Bialakowsky (2024), la sociología argentina utilizó, muy tempranamente, la noción de movimiento nacional-popular para referirse al peronismo (Murmis y Portantiero, 2004 [1971]).

Por otro lado, además de las trampas que autorizaba el medio técnico (la correspondencia), Perón fue muy cuidadoso en pautar la transmisión de poder, acto que no concebía como algo automático sino gradual, al punto de estipular, en una carta de junio de 1957, una “zona de transición” entre las dos jefaturas (Cooke, 2014:187). González tomó nota de la reflexividad de Perón sobre el pasaje del mando, y de cómo ésta reflejaba los “fuelles” de la personalidad.¹⁴

En esa dirección, no se le pasó por alto que, aunque el líder había conferido a Cooke libertad y responsabilidad de acción, retuvo para sí un rol decisivo, aquel del “padre eterno” que opera, desde una zona de reserva, como garantía para la acción del hombre, y en esa tutela la aminora. La metáfora del “padre eterno” sería, en una interpretación que González comparte con Sigal y Verón, la que mejor condense la concepción que Perón tenía del “conductor”: siempre por arriba de las pasiones, pero garantizando que ellas se expresen, en su arbitraria parcialidad, como parte de un espacio armónico, distante y superior a ellas.

Por otro lado, con independencia de las “designaciones firmadas”, la cuestión de la herencia aparece representada en las cartas a través de lo que González llama la “metáfora de Napoleón”. Esta última figura (cara a la reflexión de Perón sobre la conducción) es evocada a través de anécdotas que el líder vuelca en sus intercambios con Cooke, en las que se cuela su inclinación hacia otro “método sucesorio” derivado de la dinámica de las luchas y asociado a la figura del héroe. En la exageración, deslizada en una carta del 1° de septiembre de 1957 (Cooke, 2014:303), en virtud de la cual se compara el plan insurreccional que le hiciera llegar Cooke con aquel que Napoleón presentó, en su momento, a la Convención para la campaña italiana, González (1986) encuentra un Perón “agonal” que apuesta, como forma ideal de prolongarse, a la irrupción de un “joven maravilloso”.

Eran las luchas sociales argentinas terreno ideal para que un hombre probase poseer cantidades suficientes del “óleo sagrado de Samuel”; la metáfora tomada del teórico de la guerra von Schieffen (Arcomano, 2003), que funge, en los escritos de Perón, como el equivalente del carisma.

De manera más general, la tensión entre “designar” (burocráticamente) a un sucesor y que éste “irrumiera” de la lucha, entre institucionalizar la sucesión y confiar la continuidad del movimiento a quien –por fuera de todo cargo- exhibiera cualidades extraordinarias, constituye, a decir de González (1986), el “núcleo agobiante” de la reflexión política de Perón, que finalmente el viejo conductor “deja irresuelto” (Rinesi, 2023).

¹⁴ La cuestión filosófica y psicológica del desdoblamiento y los pliegues de la subjetividad es un tema recurrente en la obra de González, al que se refiere tanto en el análisis del tratamiento que el positivismo argentino hizo de la “simulación”, como en la alusión, omnipresente, al tópico sartreano de la “mala fe”.

Si toda la historia del peronismo puede interpretarse de conformidad con tal dilema, los aportes que realiza Damián Selci para pensar la inestabilidad del populismo se inscriben, decididamente, en el horizonte que inaugura la consideración del carisma como una cualidad despersonalizada.

4. Damián Selci: la objetivación del carisma

Los libros de Selci no tienen como eje el drama que experimentan los hombres y mujeres políticamente eminentes, fulgurantes, frente a la cuestión de la sucesión. Tampoco encuentran un punto de apoyo en clásicos del pensamiento político argentino, como aquellos sobre los que González labra sus propios textos.

Las referencias dominantes en *Teoría de la militancia* y *La organización permanente* proceden, en cambio, de la filosofía post-fundacional francesa y del psicoanálisis lacaniano. Es cierto que la obra de Ernesto Laclau, a la cual González cita en su *Perón. Reflejos de una vida*, constituye una referencia común. Pero mientras este último se queja del modo en que las teorías del discurso aplanan el vocerío que, en su opinión, es menester congregarse para explicar el populismo, los libros de Selci tienen una vocación sistemática insoslayable. Más que una invitación a contaminar la “pureza” del sistema que traza *La razón populista* (Laclau, 2005) en ellos se busca desplegar, en clave hegeliana, la lógica de la contradicción que opera como motor de la constitución del “pueblo”, de manera de alcanzar su superación.

Es que, en el diagnóstico del “intelectual militante”, al concentrarse sólo en el problema de la articulación del “pueblo”, Laclau resulta incapaz de ofrecer una respuesta consistente frente a las crisis de hegemonía que experimentan, desde las últimas décadas, los gobiernos y movimientos progresistas de la región. Así, la profundización de la teoría del populismo que proponen sus libros resulta instigada por una encrucijada política concreta: la crisis que atravesó el gobierno de Cristina F. de Kirchner en el año 2008, cuando, frente a la oposición de las patronales agropecuarias al intento del gobierno de aplicarles un nuevo esquema de retenciones móviles a las exportaciones de granos, importantes sectores de las clases medias –que habían consagrado a Kirchner en las urnas– hicieron suyo el reclamo del “campo”.

De los múltiples factores que permiten explicar ese conflicto y, en particular, el apoyo que sectores medios y populares brindaron a la “oligarquía terrateniente” (esto es, al adversario históricamente demarcado por el peronismo), Selci puso atención sobre las consecuencias que se

derivan, para los proyectos populistas, de la operatoria del llamado “efecto demostración” (Germani, 1961).

Con esta noción, inspirada en el concepto de “consumo ostensible” formulado por Veblen, Germani se refirió, en su momento, al conocimiento -por parte de los países menos desarrollados y de las clases menos acomodadas de la estructura social-, de las pautas de consumo y otras formas de comportamiento (político, cultural) tanto de los países desarrollados, como de las clases altas de sus propios países, y al consecuente impacto que ello tiene en términos de la generación de expectativas.

Ciertamente, Selci no plantea las cosas de ese modo, pero su insistencia en torno al juego de la “demanda”, como flanco débil de la estrategia populista, permite advertir que la raíz del problema sobre el que el autor se detiene para explicar la crisis de hegemonía, tiene mucho que ver con el mentado “efecto demostración” que evocara Germani en el contexto de su reflexión sobre las asincronías constitutivas de la modernización periférica. La “satisfacción mostrada”, el consumo ostensible, tanto como la propia capacidad de los gobiernos populistas para satisfacer demandas, alienta la articulación de deseos insatisfechos, dando lugar, con ello, a un espiral incremental que en su reproducción inacabable despolitiza a la ciudadanía y horada la hegemonía.

La respuesta que el autor ofrece frente a esta especie de “cuello de botella” de los gobiernos populistas de signo emancipador, respuesta de la cual depende el mantenimiento de la hegemonía, pasa por la organización. Lejos de estar desprovista de “espíritu”, ésta demarca, como veremos, el espacio –en continua expansión- en el que se cultiva y circula una cualidad extraordinaria, que los líderes de los movimientos populistas encarnan en forma ejemplar, pero que, al identificarse y transmitirse -pasándose de militante a militante- se despersonaliza, objetivándose al punto que puede ser practicada por cualquiera (siempre que haya introyectado debidamente la idea de conducción).

En lugar de focalizarse, como González, en los deseos de prolongación del César, Selci se concentra sobre los seguidores. Entiende que la condición de posibilidad de un proyecto político auténticamente emancipador está dada por un desplazamiento a nivel de la subjetividad, una ruptura o abandono de la “vida individual”, y la asunción de una “vida militante”. Militante es quien “desea responder”, “hacerse cargo” (Selci, 2018:52); quien responde por todo, siempre, sin que ello obedezca a regla alguna de atribución de culpas y sin que importe “qué dice la ley” (Selci, 2020:180); y quien responde no solo en un plano intelectual, sino, en palabras del autor, “poniendo el cuerpo”.

Siguiendo la argumentación que el autor despliega en sus dos libros, un tal “deseo de asumir la responsabilidad” surge como una de las reacciones posibles frente a la experiencia del “acontecimiento”. Categoría del cambio -cuyo fundamento filosófico remite, en el razonamiento de Selci, a la obra de Alain Badiou-, el acontecimiento alude a una modificación en la diferencia de fuerzas, a una situación que carece de razón suficiente (Selci, 2021). Un estatuto de ese calibre puede conferirse, sin dudas, al 17 de octubre de 1945, escena fundante del peronismo, a partir de la cual se construyó el mito del encuentro –cara a cara- entre las masas trabajadoras y Perón.

En la lectura que propone el actual intendente del partido bonaerense de Hurlingham, aquello que marcó un “antes y un después” en la política argentina reciente fue el conflicto del gobierno kirchnerista con las patronales agropecuarias.

En todo caso, son siempre circunstancias *via à vis* las cuales las representaciones y conceptos disponibles no resultan adecuados, las que son capaces de detonar aquellos procedimientos de “des-subjetivación” y “re-subjetivación” sobre los que el autor deposita su atención. En esta dirección, en un artículo breve postula el sintagma “algo obliga a militar” (Selci, 2021) -donde ese “algo” es el “acontecimiento”- como versión de la expresión “algo fuerza a pensar” que Rafael McNamara (2020:49) emplea en un comentario a la filosofía de Gilles Deleuze.

A pesar de que en la inmediatez de la vida diaria estemos siempre inmersos en el automatismo y la más idiota avidez de novedades. A pesar de que la sociedad de la información [...] ponga toda su empresa en perpetuar, con innegable éxito, un sistema de servidumbre voluntaria. (...) *Diferencia y repetición* insiste: hay algo en el mundo que obliga a pensar.

Si transcribimos la cita es porque permite observar que asumir una “vida militante” implica una ruptura con la vida diaria y sus automatismos. De manera aún más nítida, en el libro publicado en 2018, Selci define al militante por oposición al “cualunque”, a la persona que vive una vida rutinaria, prosaica, despolitizada, narcisista.

La pertinencia de pensar la subjetividad militante desde la perspectiva del carisma se evidencia si tenemos en cuenta que en la obra de Weber lo carismático se define por oposición a “lo cotidiano”, con la particularidad de que en alemán “Alltag” (“vida cotidiana”, “cotidianidad”) tiene, también, la connotación de la banalidad y por eso de “rutina”, de existencia normal sin sorpresa ni grandeza; es lo “mediocre” (incluso en el sentido antiguo, equidistante de los extremos), lo “promedio” (Balibar, 2004).

El cualquier, hombre de la “vida cotidiana”, que lleva una existencia desprovista de todo virtuosismo, puede ser adecuadamente equiparado al “hombre mediocre”, arquetipo con una vasta trayectoria en la cultura argentina, y cuyos rasgos fueron trazados en un libro publicado en 1913 por

José Ingenieros, médico e intelectual positivista argentino cuya sociología ha dejado huellas tanto en el discurso del primer peronismo (González, 2008) como en los trabajos de Selci, a pesar de que éste haya elegido otras referencias para su crítica al “cualunquismo”.¹⁵

Por el contrario, al militante parece caberle el sayo del “virtuoso”, al que se refirió largamente Weber en su sociología de la religión. Poseedor de una moral cívica superior a la media,¹⁶ Selci (2020:17) no se priva de compararlo con el héroe, un “héroe de nuevo tipo”.

Ahora bien, en el tránsito hacia la ruptura con el cualunquismo y la asunción de un *ethos* militante, el individuo cuenta con una apoyatura externa, una suerte de bastón ortopédico, que ayuda al cualunque a salir de su existencia miserable (Laleff Ilieff, 2023). Se trata del conductor, cuya función consiste en desempeñarse como un “modelo ejemplar” a imitar¹⁷. La alusión a la mimesis dice de la existencia de algo –en este caso, la disposición a responder y la voluntad de participar en la lucha política- que puede transmitirse, separándose de la persona del líder.

El proceso al que se hace referencia presenta rasgos que nos remiten a la “objetivación del carisma” (Weber, 2016: 1210-1211), esto es, al proceso en el que una cualidad extraordinaria, en principio no accesible a todos, se convierte en algo transferible, adquirible, por el hecho de pertenecer a un colectivo; en este caso, a una “comunidad de militantes”.

En la organización, forma de “autoridad carismática despersonalizada”, cada quién se desempeña, al mismo tiempo, como conductor y conducido.

El cuadro político es el militante que sabe que es conductor de sí mismo, o sea un militante cuyo Ego coincide con la Organización, que ha dejado que la Organización permee completamente su personalidad y su cuerpo, un individuo que ha decidido no comportarse como un individuo (Selci, 2020:234).

¹⁵ Según informa Selci (2018:14) el “cualunquismo” designa el culto por el hombre común, padre de familia, defensor de la propiedad, simultáneamente de derecha y despolitizado. La denominación surgió en Italia hacia 1945 y fue vehiculizada por la revista satírica “L'uomo qualunque”, que era anticomunista.

¹⁶ En este sentido, la salida que Selci plantea, frente a la crisis de hegemonía de los populismos de izquierdas, pertenece a un linaje de pensamiento revolucionario -ideológicamente heterogéneo, puesto que aloja a autores tan dispares como Robespierre, Lenin y Bolívar- que se caracteriza por apelar al virtuosismo de los dirigentes para resolver los problemas que suscitan los “cambios hechos desde arriba”. La expresión la utiliza Francisco Aricó (2009 [1980]:177), quién en su libro *Marx y América Latina* detecta la homología entre la solución sugerida por Bolívar para los dilemas del proceso revolucionario en la región latinoamericana y aquella que proponía Lenin para contrarrestar las desviaciones burocráticas del partido en Rusia. Ciertamente, Selci puede refutar la asociación que aquí esbozamos señalando el carácter “popular” y no elitista de la militancia, e incluso advirtiendo, contra la asociación -también esbozada- entre esta última figura y aquella de las “sectas de virtuosos” a las que se refirió Weber, que el “nosotros” de la militancia tiene una vocación ecuménica; excede los límites de un partido y de lo que, según la experiencia que tenemos del fenómeno, entendemos por “organización política”. Pero más allá de la viabilidad de la propuesta, ella siempre comienza, como en la historia del cristianismo primitivo, con una minoría de virtuosos, que asumen la tarea, apostólica, de sostener y pasar una consigna / fe, y que comparten el “orgullo de sí”: “Orgullo de sí mismo y desprecio de los cuales: tal es el resultado forzosamente elitista del surgimiento de la conciencia política” (Selci, 2018: 124-125).

¹⁷ Como señala Laleff Illieff (2023), Selci no se ocupa, en sus libros, del modo en que los cuadros pueden transformarse en conductores.

El párrafo que transcribimos invoca una relación de circularidad, ya establecida por Perón (2011) [1953], en su afamado *Manual de conducción*, entre la auto-conducción de la masa y la conducción ejercida por el jefe, como rasgo característico del modo en que aquel pensaba la conducción (político-militar) de los hombres.

La figura, extraña, de la “masa de conductores”, que es obra del conductor y, a la vez momento de consumación de la conducción, lleva a González (2008:329) a preguntarse si no estamos ante una “teoría circular y agónica de la estrategia, donde cada punto de una red que une al conductor y conducidos, es a la vez un extraño punto de resistencia, de libertad y de subordinación”.

Sin necesidad de indagar –a los fines de este artículo- en qué medida la propuesta de Selci lleva implícita esa misma aporía, lo que resulta medular para la interrogación que lo vertebra es que la tarea del militante es la “lucha por la duración de las conexiones que ha articulado” (Amarilla y Santaya, 2022).

Así, es el carácter precario, contingente, de toda relación -la existencia del factor “tiempo”-, lo que otorga sentido a la “disciplina militante”, cuyo *metier* es el cuidado de la relación (entre significantes, entre cuerpos) en el tiempo. Si el problema es, entonces, el de la duración, la militancia busca conjurarlo mediante el acrecentamiento de la responsabilidad de otros, esto es, a través de un “trasvasamiento” o, en la significación que el autor atribuye a este otro concepto de Perón¹⁸, por medio de la conducción. “La conducción no es mando militar, es conductora, como el aire es conductor del sonido. Conducción: algo cuyo rol es pasar, traspasar, trasvasar” (Selci, 2021:208). Llegamos, por otra vía, al problema de la herencia.

6. Consideraciones finales

En este trabajo revisamos textos producidos en diferentes coyunturas. “La revolución en tinta limón”, en el que González sienta sus tesis principales acerca del problema de la herencia política del “conductor”, se inscribe en los debates relativos a la renovación del peronismo que protagonizaron los intelectuales de la revista *Unidos*. Por su parte, los libros de Selci se insertan en la discusión abierta por *Los espantos*, de Silvia Schwarzböck (2015), *Sublunar*, de Javier Trímboli

¹⁸ Esta noción fue enunciada por Juan Domingo Perón en un mensaje enviado al Congreso de la Juventud Peronista que se realizó en Montevideo en 1967. Allí, ante las divisiones y conflictos por los que atravesaba el peronismo, Perón escribió: “Es indudable que tales defectos, especialmente imputables a los dirigentes, sólo se podrán corregir mediante una verdadera revolución dentro del Peronismo, y esa revolución deberá estar en manos de la juventud del Movimiento. Por eso, el Comando Superior ha venido propugnando desde hace tiempo la necesidad de un trasvasamiento generacional que pueda ofrecernos una mejor unidad y solidaridad, que presuponga para el futuro una unidad de acción de que carecemos en la actualidad” (Fuente: “Juventud y peronismo, lo que nunca se cuenta”, *El Argentino* 15/11/10 citado por Vásquez y Vommaro, 2012).

(2018), y *Yo ya no*, de María Pía López (2017), en torno de cómo pensar lo político en la actualidad (Dorr, 2018); más precisamente, en el arco temporal que se abre, en Argentina, con la recuperación de la democracia (1983) y se cierra en 2015, con la derrota del kirchnerismo en las urnas.

Sea a través de la lectura de ciertas escenas de un drama históricamente situado (pero, a la vez, universal) o de la postulación de una “teoría de la militancia”, lo que los autores procuran conjurar -espejando, en el caso particular de González, la preocupación de Perón por la suerte de su legado- es el vacío, la nada. La muerte y la precariedad del lazo son las constantes antropológicas que enmarcan la interrogación por la perduración de algo que es, al mismo tiempo, un movimiento y una identidad o pertenencia política.

Se trata de un problema que encierra, tanto para González como para Selci, una doble relevancia: político-práctica y teórica.

Práctica, porque de su formulación y elaboración adecuada pende, en parte, la subsistencia de la propia pertenencia política. Esto es particularmente notorio en el caso del intelectual camporista, que escribió sus libros como respuesta “interna” -fraguada desde la militancia- a la derrota del kirchnerismo en el conflicto con las patronales agropecuarias -primero- y, luego, al fracaso electoral del 2015. Pero no deja de ser cierto, también, en relación al González del alfonsinismo. Para el intelectual que regresa del exilio, revisar el epistolario Perón-Cooke era la manera de contribuir a la subsistencia y afirmación de una forma de habitar el peronismo en un contexto adverso (considerando la catástrofe de la dictadura y la derrota electoral de 1983).

Teórica, porque los trabajos de los autores argentinos vuelven sobre una interrogación sociológico-política de largo alcance cuyas coordenadas nos brindó inicialmente Max Weber y que tiene que ver transformaciones que experimentan las relaciones de dominación de tipo carismático. Abordan un fenómeno que es de carácter procesual, la “cotidianización” del carisma, desde dos ángulos diferentes.

González se interesa por la “continuidad subjetiva” (García Linera, 2016) del peronismo; analiza las vicisitudes de la transmisión interpersonal de la autoridad, de Perón a Cooke, en la que aquello que se cedía, junto a los poderes burocráticos del rol de delegado, era el “óleo sagrado” de la palabra. El análisis del intento fallido (y saboteado) de transmitir un “aura” permite vislumbrar las complejidades de una relación que, si bien en formatos menos dramáticos, estaba destinada a reeditarse.

Es un hecho que el peronismo, como señala Casullo (2022), conserva una especie de “necesidad serial de carisma”. Ello puede explicarse porque, dada su impronta movimentista, el mismo funcionó, históricamente, con un cierto nivel de “desorganización”, lo cual lo torna

dependiente de la emergencia de liderazgos personalistas capaces de aglutinar la pluralidad de “grupos”, “formaciones”, “tendencias” y “dirigentes” que se auto-presentan y reconocen como peronistas, y a los que la forma del partido no expresa ni contiene debidamente (cfr. Levitsky y Roberts, 2011; Casullo, 2022).

A esa razón, si se quiere pragmática, se agrega el valor simbólico que tienen los líderes para movimientos políticos como el peronismo, que (si nunca se presentó como “anti-institucionalista”) sí reivindicó para sí una orientación contraria al *statu quo*, y nunca abandonó del todo el impulso inicial “contestatario” -e, incluso, refundacional-¹⁹ que lo vio nacer. Ello es así porque la continuidad, en perspectiva histórica, de un tal impulso, aparece intrínsecamente ligada al accionar de líderes carismáticos, capaces de expresar las reivindicaciones de los excluidos del sistema, y de corto-circuitar los automatismos que reproducen las desigualdades.

Al mismo tiempo, no obstante, esa deriva “subjetiva” de la transmisión, que hace que esta última se presente como el drama de un hombre (o de una mujer) atravesados por la tensión entre un “querer persistir personal” y un “verse obligado/a a ceder”, “abre la puerta a la percepción del ejercicio del poder como una posesión y no [como] una ocupación temporal” (Arditi, 2007: 83).

Una tal impresión resulta magnificada en los casos en los que el legado político en juego está atado a la figura de líderes rutilantes, no solo muy poco dispuestos a instaurar espacios de deliberación para la elección de un sucesor sino, asimismo, sumamente vacilantes respecto de la oportunidad y el modo de ceder el poder. Agravada por un estilo de conducción que se sustraía del juego de la política para ubicarse en un “más allá” supuestamente imparcial, una tal ambigüedad se expresa, como demuestran las interpretaciones de González, en las cartas que Perón le escribió a Cooke.

Pero ¿puede afirmarse que la posición que ha asumido Cristina F. de Kirchner en relación al futuro del espacio que aún hoy encabeza es menos balbuceante o personalista? Tanto en 2015 como en 2019 y 2023 (si bien en esta última instancia forzada por las presiones de ciertos sectores del partido justicialista), la líder decidió, en forma unilateral, el nombre del candidato a presidente por el peronismo. Tras abandonar la presidencia, en el 2015, manifestó su decisión de alejarse de la vida política para ocuparse de asuntos familiares y, en vistas a las elecciones de 2023 expresó anticipadamente su voluntad de no participar de la carrera electoral, aduciendo una proscripción impuesta por las causas judiciales que se siguen en su contra. Aun sin haber competido, como

¹⁹ Existe en el corazón de todo régimen populista una tensión entre hegemonía y refundación, en palabras de Aboy Carlés (2005), o entre “ruptura” y “orden”, en los términos de Barros (2002).

candidata a presidenta, en los últimos comicios, y de haber perdido buena parte del apoyo popular, Cristina Kirchner está lejos de haberse retirado de la escena política: sigue definiendo el destino del kirchnerismo, y ni en ese espacio, ni en el peronismo, ha surgido con claridad una figura capaz de sucederla.

Esa vocación personal (e, incluso, familiar) por “persistir”, que parece caracterizar la actuación de la expresidenta argentina, contrasta con la percepción social fuertemente negativa que pesa sobre la clase política argentina; contrasta, esto es, con el “humor social” adverso al “político profesional”, que supo ser aprovechado por Javier Milei, para construir un adversario (en la retórica libertaria, “la casta”), a la medida de sus ambiciones políticas.

No obstante, ni la desconfianza –e incluso, el desprecio- que la dirigencia política genera hoy entre las grandes mayorías, ni las críticas internas a Cristina Kirchner por su modo de ocupar el centro de la escena, han generado una “reforma” del estilo político imperante: el fenómeno libertario expresa una peligrosa tendencia hacia la concentración del carisma en un único hombre que, al tiempo de gobernar la nación –con abierto desprecio por la división de poderes y toda forma de deliberación-, no ha dejado de lado su costado de *troll-influencer* en las redes sociales (y, por tanto, de ícono de la cultura de masas), y que pretende erigirse como adalid global del libre mercado.

Lo que no parece asomar en el horizonte de la política argentina es, en cambio, algo como lo que sugieren los libros de Selci: una democratización “por abajo” de la conducción, propulsada por la propagación de la subjetividad militante, que favorezca modos de suceder y heredar el legado político de los movimientos populares no solo menos personalistas sino, asimismo, menos condicionantes.

Ello es así porque una transformación en clave anti-autoritaria del carisma no solo plantea el desafío de instaurar mecanismos que permitan una genuina participación popular en la elección del sucesor, sino que plantea el difícil problema de evitar los condicionamientos.

Ya en el texto publicado en 1997 González dejó planteada esta última cuestión, que atañe al tema, recurrente, de la influencia opresiva que la “masa de los muertos” tiene sobre los vivos -o, para enunciarla de manera menos patética, a la relación, siempre problemática, que se establecen entre las generaciones-:

¿Cómo hacer que las palabras se transmitan de uno a otro sin que sean palabras sagradas, que inmovilicen y dejen “sin mundo” a la misma herencia que se quiere entregar? ¿Cómo hacer compatible la “generosidad” de la entrega del patrimonio y el símbolo que el muerto da en herencia, con el derecho a la autonomía

de los vivos, que no quieren ser oprimidos por el peso genealógico de ese patrimonio? (González, 2021:196).

Se trata de una inquietud estrechamente ligada con la suerte de los legados (no solo políticos sino académicos/científicos y artísticos) que, si bien no aparece enunciada en forma explícita, no deja de rondar los libros de Selci.

La relación conflictiva entre generaciones no podría estar ausente de sus textos, si consideramos su pertenencia a “La Cámpora”: organización que no solo nuclea a la juventud kirchnerista, sino que se asume heredera de las banderas de la juventud peronista, esa misma que Perón había interpelado, a comienzos de la década del ’70, con la consigna del “trasvasamiento”.

Término clave del léxico peronista, Selci lo ha recuperado para designar la propia función de la militancia, es decir, como metáfora de la conducción. Si tal posibilidad está comprendida en su campo semántico, lo cierto es que Perón lo usó para aludir tanto a un cambio o renovación generacional como a una renovación o actualización en la doctrina y en los métodos del movimiento que conducía (Reta, 2019).

Ciertamente, en la significación que asumía en la retórica del líder y en la que le dio, en los años setenta, la juventud peronista, la operación propia del “trasvasamiento” se desarrolla en una temporalidad concebida en términos de sucesión. Por el contrario, en la argumentación de Selci, el término evoca la imagen de un flujo ininterrumpido, donde el tiempo ha sido abolido -o, mejor, ha sido “vencido”- por la organización.

Así, si bien los textos de Perón funcionan como punto de apoyo de las reflexiones que tanto González como Selci vertieron acerca del problema de la “perdurabilidad” del populismo, lo hacen de un modo muy distinto. González escribió, de un cierto modo, “sobre” la propia escritura de Perón, considerado como ser finito, como existencia singular, a la vez productora y producida, y desde allí consiguió aislar la expectativa (el deseo) de una “prolongación subjetiva”, interpersonal. Selci, en cambio, volvió a los textos clásicos del peronismo urgido por una demanda de eficacia. Como figura de la transmisión, de un incesante “hacer pasar”, la militancia es, fundamentalmente, una técnica política.

Entonces, para concluir de un modo afín a los propios malentendidos y vaivenes (ideológicos, organizativos, estratégicos) que caracterizan al peronismo a lo largo de su historia, los abordajes de los autores, considerados en conjunto, dan cuenta de una despareja atención hacia -de una parte- las condiciones de posibilidad para la aparición única e irrenovable de lo singular (el carisma personal), y -de otra- hacia formas de organización y disciplinas que, como se desprende de

los estudios sobre la “vida partidaria” del peronismo (Quiroga, 2014), no dejan de alojar, también, sus propias intensidades.

Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la Democracia Argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Homo Sapiens.

Amarilla, S. y Santaya, G. (2021). “La ciencia de la organización militante”, *Ideas. Revista de filosofía moderna y contemporánea*, #14, 220-232.

Arcomano, D. (2003). *Perón: guerra y política. Las fuentes militares de “Conducción Política”*. Fundación Bartolomé Hidalgo.

Arditi, B. (2007). *Politics at the Edge of Liberalism*. Edinburgh University Press.

Aricó, J. (2009) [1980]. *Marx y América Latina*. FCE.

Balbi, F. (2007). “La dudosa magia del carisma. Explicaciones totalizadoras y perspectiva etnográfica en los estudios sobre el peronismo”, *Avá*, 11, 11-37.

Balibar, É. (2004) «La “quotidianisation du charisme” selon Max Weber», intervención del 3 de noviembre 2004 en la Universidad de Lille 3. URL : https://f-origin.hypotheses.org/wp-content/blogs.dir/165/files/2017/09/03-11-2004_Balibar.pdf.

Barros, S. (2002) *Orden, democracia y estabilidad: discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*. Alción.

Bialakowsky, A. (2024). “Retorno a los orígenes: de las masas a los movimientos en las reclasificaciones de Estudios sobre los orígenes del peronismo, de Murmis y Portantiero”, en P. de Marinis (comp.). *Estudios sociológicos sobre las masas*. En prensa.

Bourdieu, P. (2013). “¿Cómo liberar a los intelectuales libres?”, *Cuestiones de Sociología* (61-66). Akal.

Canetti, E. (2103) *Masa y Poder*. Alianza.

Casullo, M.E. (2015). “¿En el nombre del pueblo? Por qué estudiar al peronismo hoy” *POSTData*, 19 (2), 277-313.

Casullo, M.E. (2019). *¿Por qué funciona el populismo?* Siglo XXI.

Casullo, M.E (2022). “El curioso caso de un peronismo no verticalista”, *Nueva Sociedad*, N°299.

Colom González, F. (2016). “Max Weber y la ciudad. Una interpretación a la luz de la experiencia hispanoamericana”. En A. Morcillo Laiz y E. Weiz (eds) *Max Weber en Iberoamérica* (419-445). FCE.

Cooke, J. W. (2014). Correspondencia Perón-Cooke. En Eduardo L. Duhalde (comp.), *John William Cooke Obras completas*, t. II. Colihue.

De la Torre, C. (2003). “Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”, *Revista de Ciencia Política*, XXIII (1), 55-66.

De la Torre, C. (2016). “Los avatares del carisma en el estudio del populismo latinoamericano”, en A. Morcillo Laiz y E. Weiz (eds). *Max Weber en Iberoamérica* (469-493). FCE.

Di Tella, T. (1973). “Populismo y reformismo”. En G. Germani, Torcuato S. di Tella y O. Ianni, *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (38-82). Era.

Dorr, M. (2018). “No busqué decirle a la militancia lo que tiene que hacer sino prestigiarla en el campo de la filosofía”.
<https://www.agenciapacourondo.com.ar/debates/selci-no-busque-decirle-la-militancia-lo-que-tiene-que-hacer-sino-prestigiarla-en-el-campo>.

Flax, R. (2017). *Construcciones discursivas de la identidad política. El caso de La Cámpora*. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.<http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/4404>.

Garategaray, M. (2010) “Peronistas en transición. El proyecto político ideológico en la revista *Unidos (1983-1991)*”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. URL: <http://nuevomundo.revues.org/60126> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.60126.

Declaração de Direito Autoral

A revista se reserva o direito de efetuar, nos originais, alterações de ordem normativa, ortográfica e gramatical, com o intuito de manter o padrão culto da língua, respeitando, porém, o estilo dos autores. As opiniões emitidas pelos autores são de sua exclusiva responsabilidade dos autores. Os direitos autorais para artigos publicados nesta são dos autores, com direitos de primeira publicação para a REALIS. Todo o conteúdo da revista, com exceção de casos especificamente declarados, é licenciado sob a Creative Commons CC Atribuição Não Comercial 4.0 Internacional. Devido à política de acesso aberto da Revista, todos os artigos são gratuitos e livres para uso, com atribuição apropriada, para fins educacionais e não-comerciais.